

UN MANOJO DE CARTAS: EL EPISTOLARIO DE RAFAEL LAPESA A AMADO ALONSO*

JOSÉ-CARLOS MAINER

Recordaba Rafael Lapesa que había conocido a Amado Alonso —que le llevaba doce años— cuando éste leyó su tesis doctoral que versaba sobre las *Sonatas* de Valle-Inclán¹. Era el año 1928 y el autor estudiado por el doctorando estaba vivo, lo que no era cosa frecuente en los usos académicos; es seguro que el joven Lapesa, filólogo pero también ávido lector de sus contemporáneos, no dejó de tomar buena nota del atrevimiento y el aplomo de aquel joven maestro navarro, formado en Alemania, tan atractivo de aspecto como cordial y emprendedor. Desde hacía un año, Alonso figuraba como director del Instituto de Filología, de la Universidad de Buenos Aires, por recomendación de Ramón Menéndez Pidal y como sucesor de Américo Castro, que había puesto en marcha el centro.

Muy pronto y pese a su juventud, había dado muestras de iniciativa y capacidad de trabajo, en un clima donde no faltaban los prejuicios y, sobre todo, las suspicacias. Alonso proseguía su tarea como historiador de la lengua pero, a la vez y como inteligente seguidor del idealismo lingüístico, se interesaba por el lenguaje literario. Eso era lo que le había llevado a estudiar a Valle-Inclán y en 1932 le condujo a crear una «Colección de Estudios Estilísticos» en el Instituto; en 1938, con su amigo Pedro Henríquez Ureña, publicó una *Gramática castellana* (pese a que el gentilicio que prefería era el de «española») que marcó un hito, y en 1939 los pesimistas síntomas sobre la continuidad peninsular de la veterana *Revista de Filología Española*, del Centro de Estudios Históricos, auspiciaron la creación de la *Revista de Filología Hispánica*, con sede porteña. Y apenas concluida la guerra en España, cuando el ex gerente de la Editorial Espasa-Calpe, Gonzalo Losada, y los escritores Guillermo de Torre, Attilio Rossi, Pedro Henríquez Ureña y los hermanos Jiménez de Asúa, Felipe y Luis, ambos exiliados españoles, fundaron la Editorial Losada, Alonso también colaboró en el proyecto y creó en su seno una biblioteca

* Acerca de la procedencia de las cartas que se citarán, cf. el texto de la nota 3 de mi artículo «La estilística cordial: la obra crítica de Rafael Lapesa», en este mismo volumen.

¹ «Don Amado Alonso (1896-1952)», *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 153-171.

de «Filosofía y teoría del lenguaje» a la que debemos tres traducciones fundamentales: la *Filosofía del lenguaje*, de Karl Vossler; *El lenguaje y la vida*, de Charles Bally, y el *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure².

Lapesa volvió a saber de Alonso en Madrid en una fugaz visita de éste, el año 1947, un año después de que el peronismo le hiciera abandonar la dirección del Instituto de Filología. Tiempo después diría que «Dámaso y Amado fueron mis hermanos mayores en edad y en saber, infinitamente mayores en valía; mis inolvidables maestros jóvenes»³. Todos aquellos trabajos y avatares que he reseñado, pero también el hecho de que Alonso ocupaba ahora una relevante situación profesional en la Universidad de Harvard, le constaban a Lapesa, cuya vida de posguerra había sido mucho más modesta. Lo más destacado de ella había sido, como sabemos, la publicación en 1942 de la *Historia de la lengua española*, una obra que tenía mucho de lealtad al clima intelectual que la había hecho posible pero también obedecía al legítimo deseo de hacerse cargo y de recapitular de un modo personal la concepción de la ciencia a la que dedicaba su vida. El caso de nuestro hombre se parece mucho al de otro represaliado, Julián Marías, que en 1941 publica una *Historia de la filosofía* en la que había trabajado febrilmente y que conseguía en su «Advertencia previa»: «Este libro tiene sus raíces intelectuales más inmediatas en el modo en que se ha entendido la filosofía en los últimos años en la Facultad de Filosofía de Madrid. Mi deuda a esa Facultad, y especialmente a mis maestros Ortega y Zubiri, es enorme, y pongo especial orgullo en ello»⁴. Aquel volumen llevaba un prólogo de Xavier Zubiri, como el de Lapesa lo tenía de Ramón Menéndez Pidal. Por eso resultan muy significativos los términos de la primera carta, respetuosa y admirativa, que Lapesa escribió a Alonso el 6 de julio de 1947, estampa dura pero muy cierta de las precariedades de la vida universitaria española del momento:

[...] No sabe la ilusión, la avidez, con que estos años últimos nos lanzábamos sobre los números de la *Revista de Filología Hispánica* que nos llegaba a salto de mata. Era la prueba de que la tradición de la gran escuela tenía un rebrote espléndido, y esto nos consolaba en nuestro aislamiento. Nosotros aquí, dispersos y sin libros, no podíamos hacer grandes cosas; pero el Instituto de Filología de Buenos Aires mantenía enhiesta la bandera. Era el ejemplo que invitaba a superar los momentos —muy numerosos— de desánimo y de amargura [...].

Pero Lapesa está a punto de viajar a Estados Unidos, el destino que muchos filólogos europeos empiezan a ver como la expectativa más deseable en el terreno

² Sobre esta dimensión de la tarea del filólogo navarro, cf. la monografía de Juan Carlos Gómez Alonso, *La estilística de Amado Alonso como una teoría del lenguaje literario*, Universidad de Murcia, 2002.

³ «Don Amado Alonso (1896-1952)», loc. cit., p. 154.

⁴ Julián Marías, *Una vida presente. Memorias 1 (1914-1951)*, Madrid, Alianza, 1988.

profesional. En carta de 18 de noviembre de 1947, agradece las gestiones de su amigo para que vaya a impartir alguna conferencia en Harvard, y que incluyen la oferta de alojamiento en su propio domicilio. En una nueva y más extensa comunicación, de 10 de diciembre, Lapesa ya le pide precisiones sobre los cursos que impartirá, pero lo más interesante es la extensa y meditada respuesta a lo que ha debido ser algo más que una amistosa sugerencia de su colega:

Con toda sinceridad contesto a su pregunta: no pienso quedarme en América. Mi proyecto es estar ahí hasta septiembre de 1949 todo lo más. Hace dos años, cuando todas las puertas se me cerraban aquí, pensé en marchar tal vez para siempre. Ahora tengo en la Universidad de Madrid un puesto que no quiero perder. Podré vivir con él, podré tener a mano libros y datos; además será donde pueda hacer una labor más útil: Dámaso necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes. Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos. Ahora mismo siento pena por un curso de excelentes muchachos que voy a dejar abandonados; habían estado sin profesor de filología española la mayor parte del curso último, y al encontrarse con Dámaso y conmigo han respondido con verdadero afán. Pero el viaje a América es una experiencia necesaria: yo no he conocido la universidad alemana y, aparte de algunas visitas a París, no he estado fuera de España; necesito, aunque sea a mis cuarenta años, ese asomarme a otros horizontes. Además ¡he de aprender tantas cosas con Vd. y con Castro! Y sobre todo me atrae pensar en año y medio de estar con los maestros y amigos de siempre.

Que el clima académico no era el mejor lo ratifica indirectamente una nota, al final de la misma carta, que da a entender una profunda desconfianza por el flamante Consejo Superior de Investigaciones Científicas: «[...] Hoy espero a don Ramón. Ya sabe Vd. que lo han elegido Director de la Academia Española, cargo que lleva aneja la presidencia del Instituto Cervantes, de la sección del pomposo Consejo de Investigaciones relacionada con la filología española. Veremos qué resulta de todo ello»⁵. Pero la Universidad no es mucho mejor que el CSIC... En la

⁵ La situación personal de Menéndez Pidal ante la represión franquista no fue buena, por supuesto: el año 1939 era el de su jubilación como catedrático pero sufrió el casi inevitable expediente de depuración en el que, sin embargo, figura una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores (de 27 de marzo de 1941) donde se notifica al instructor que, según la Embajada de España en París, «el interesado se presentó al poco de haber llegado a París haciendo constar su adhesión al Movimiento Nacional, adhesión que tuvo ocasión de reiterar varias veces sin que se haya recogido ninguna nota desfavorable de ese señor» (*La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Luis E. Otero Carvajal (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2006, p. 304). Pero esa actitud era tan habitual como lo eran, por desgracia, los expedientes y no siempre reflejaba una adhesión en todo regla, sino los términos de un favor personal por parte de un amigo. La mejor fuente de información al respecto de estos años terribles es el estudio de Diego Catalán, «Una catedral para una lengua (Introducción a la *Historia de la lengua* de Menéndez Pidal)», en el vol. II de R. Menéndez Pidal, *Historia de la lengua española*, Madrid, Fundación Menéndez Pidal-Real Academia Española, 2005, pp. 189-241, que usa a menudo el epistolario intercambiado por Amado Alonso y don Ramón, «el viejo cabeza de la Filología española de la escuela de Madrid y el nuevo cabeza de la Filología hispánica de Buenos Aires». En las pp. 230 y ss. se esbozan algunas hipótesis sobre el parón que en 1945 tuvo el

carta del 18 de noviembre, Lapesa daba cuentas de sus gestiones para que un becario llegado de Estados Unidos y recomendado de Alonso, Carlos Cebollero, hallara alojamiento en algún Colegio Mayor de Madrid. Le ha hallado al fin un acomodo, pero su confianza en los cursos madrileños es muy reducida. Y en carta de 26 de diciembre (con membrete de la Universidad Central y un p. s. adicional de Salvador Fernández [Ramírez]), le apunta:

[...] Se me ocurre una cosa: Dámaso marchará en los primeros días de febrero, y Cebollero se encontrará entonces con una sección de Románicas donde Entrambasguas será el supremo pontífice. ¿No sería mejor que marchase entonces a Salamanca? Allí estarán Manolo García Blanco y Alonso Zamora. Claro está, fuera de las clases, la vida intelectual salmantina es ferozmente pobre [...].

Las cartas del año 1948 están datadas en Princenton University, donde Lapesa está impartiendo clases. Las del 2 y 19 de marzo exponen los planes de sus visitas futuras y da noticias de la estancia. Otra del 29 de mayo, del mismo tenor, comenta también la noticia del suicidio de Ramón Iglesia Parga, algo que debió afectar profundamente a ambos corresponsales. Iglesia había sido un distinguido becario de la sección de Historia de América, del Centro de Estudios Históricos, y previamente, cuando ampliaba estudios en Göteborg, fue el «compañero de la joven España» al que Ernesto Giménez Caballero había dirigido la resonante carta abierta, publicada en *La Gaceta Literaria*, que fue, sin duda, la primera proclama del fascismo en nuestro país. Posteriormente, Iglesia no había perseverado en las recomendaciones de «Gecé», había militado en la ultraizquierda y la angustia del exilio, que lo mantenía separado de su familia, se resolvió en aquella terrible decisión. Pero, en el mes de septiembre de aquel mismo año, la carta dada en el Hotel Stafford, de Baltimore, cuenta los pasos de una leve enfermedad de su mujer, Pilar Lago, y se extiende en noticias más amenas de «don Pedro» (que para todos es Pedro Salinas) y de Vicente Llorens, otro miembro del Centro apenas dos años

proyecto menendezpidaliano, quizá por causa de los trabajos en marcha de Amado Alonso y por la publicación en 1942 de la *Historia* de Lapesa. Un panorama complementario del trabajo de Catalán lo proporciona quien fue director general de Universidades en el Ministerio Ruiz-Giménez, Joaquín Pérez Villanueva, en la Parte Sexta de su meticulosa biografía, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 347-408 (el libro lleva un prólogo de Rafael Lapesa, muy rico en noticias personales). Menéndez Pidal había sido ininterrumpidamente director de la Academia desde 1925 y en 1938, en su ausencia, se hizo cargo de la dirección interina José María Pemán. Esta situación y la necesidad de renovar un juramento de naturaleza política, hicieron que el estudioso devolviera su medalla de director y que le sucedieran en el cargo el citado Pemán (cesado en 1940), Francisco Rodríguez Marín, Miguel Asín Palacios y, de nuevo, Pemán que —en 1947— decidió no presentarse a la reelección para facilitar el regreso de don Ramón, lo que tuvo efecto el 4 de diciembre de ese año por voto unánime de los académicos. La relación de Menéndez Pidal con el CSIC nunca fue muy buena; de hecho, el Consejo —donde predominaba el sector católico vinculado al Opus Dei— declinó reeditar *Poesía juglaresca y juglares*, el libro de 1924, que halló acomodo en el Instituto de Estudios Políticos, afín al mal llamado «falangismo liberal», en 1957, bajo el nuevo título de *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas. Problemas de historia literaria y cultural*.

mayor que él, al que ha reencontrado en Princenton: lo más notable ha sido una lectura pública de *La cabeza de la Medusa*, de Salinas. Pero también la creciente confianza entre los corresponsales autoriza algunas bromas de Lapesa acerca de sus habilidades mecanográficas —la técnica mía no ha pasado del picoteo monodigital—, que seguramente explican que todo este primer tramo del epistolario esté escrito a mano. La primera carta en que Lapesa usa máquina de escribir es también la primera en que también se tutean, ya en marzo de 1952. Pero todavía a finales de año, hay una carta del 21 de noviembre donde Lapesa da noticia de actualidad bibliográfica sobre la pronunciación antigua del español (el tema aque ocupa la mayor parte del tiempo a Amado Alonso) y ofrece su nueva casa a Joan y Amado Alonso. Por vez primera, las cuatillas incorporan una afectuosa nota de Pilar Lago dirigida a Joan.

El año 1949 comienza con una misiva de 5 de abril, fechada en New Haven, en la que Lapesa da cuenta de sus trabajos en marcha y resume sus teorías sobre la apócope castellana, lo que nos remite a su importante artículo coetáneo sobre «Castellano y provenzal en el *Fuero de Avilés*» (publicado en *Acta Salmanticensia*, II, 1948), una ambiciosa síntesis donde se combinaba la exploración documental menendezpidaliana con las concepciones de una historia cultural muy marcada por sus lecturas de Américo Castro. Y anticipaba el largo trabajo definitivo, «La apócope de la vocal en castellano antiguo. Intento de explicación histórica», que aparecería en lugar tan explícito como el segundo volumen de los *Estudios dedicados a Menéndez Pidal* (1951). Pero la segunda carta del año nos lleva a otro ámbito de la relación personal entre los dos corresponsales. Vuelta la pareja Lapesa-Lago a Madrid, es ahora Pilar la que escribe a Joan Alonso, el 12 de noviembre, para darle cumplidas noticias acerca de la instalación en la nueva casa de Madrid, en la Residencia de Profesores de la calle de Isaac Peral, y la llegada de visitas («a Carmen Zubiri se le ponían los ojos de a palmo viéndome mis cortinas nylon», traídas de Estados Unidos; la citada visitante era la hija de Américo Castro, casada con el filósofo Xavier Zubiri). Todo a la vez que se hace a la pareja una recomendación a favor del estudiante [José Manuel] Pita [Andrade], futuro historiador del arte, que ha ido a estudiar a América. Este tono más familiar prosigue en las líneas que Rafael Lapesa añade a la carta de su mujer, para repasar la actividad de algunos amigos y maestros comunes (a don Ramón Menéndez Pidal lo ve de ciento a viento, pero tiene a su nieto Diego [Catalán Menéndez Pidal] como ayudante, «igual que su primo, Alvaro Galmés [de Fuentes]»).

El epistolario de 1950 se reduce a una carta del 30 de agosto con la breve notificación de la llegada de los Lapesa a Middlebury, «esta sucursal de la Arcadia. Hoy somos ya los únicos visitantes que quedamos, ante estas carreteras desiertas, sombreadas y atractivas»; nuevamente es más extensa la minuciosa crónica de Pilar dirigida a su amiga Joan. Y otra vez es Pilar Lago quien reanuda el contacto en 1951 con una misiva veraniega, dada en Santander, el 26 de agosto; el motivo es dar

noticia de un reciente y grato viaje a Alemania; al regreso, han recalado en el País Vasco, donde no habían vuelto desde el viaje de novios, lo que han aprovechado para escuchar los espléndidos conciertos del festival agosteano: los del pianista Arthur Rubinstein y el director Ernest Ansermet (entonces titular de la orquesta de la Suisse Romande) han sido los que más les han impresionado.

La carta de Rafael Lapesa a Amado Alonso, del 15 de marzo de 1952 (sin lugar pero, sin duda, desde España), es —como ya he indicado más arriba— la primera que está escrita a máquina y en la que aflora el tuteo, una práctica pretendidamente igualitaria que los usos políticos de la Guerra Civil (tanto en el mundo del falangismo como en los partidos y sindicatos de izquierda) habían hecho común, pero a la que todavía se resistía el mundo académico, tanto el más tradicionalista como el que se sentía heredero del liberalismo. Puede que, en cualquier caso, la inquietante nueva que planea sobre todo el texto —los síntomas de la enfermedad de Amado Alonso, por cuya recuperación hace votos su corresponsal— tenga algo, o mucho, que ver con esta manifestación de confianza. Por lo demás, Lapesa comenta como siempre a su amigo y anfitrión la propuesta de dictar algunas conferencias en Harvard, todas las cuales versarían sobre autores del siglo XV, lo que denota, sin duda, la existencia de los primeros trabajos conducentes a la monografía sobre el marqués de Santillana. Pero lo más personal es la noticia de un ofrecimiento de trabajo en Buenos Aires, que Lapesa ha recibido de los nuevos gestores del Instituto de Filología y que todavía no ha rechazado. Su respuesta es todo un homenaje a la actitud de su corresponsal, expulsado siete años antes, como sabemos, de la dirección del centro:

Esperaré a ver que pasa, pero desde luego no siento la menor tentación. De no estar en España me habría decidido a quedarme en Norteamérica, pero no en un país con régimen anormal; y menos todavía habiendo de poner inyecciones a un organismo despojado de su cabeza.

El 3 de abril de 1952, desde su residencia en Yale, Lapesa muestra su preocupación por los malos resultados de las radiografías de su amigo. Y con ánimo explícito de entretenerle, le da puntual noticia de una representación del sainete de Arniches, *El santo de la Isidra*, en la que han participado como actores Ángel del Río y Amelia Agostini. El resultado es un animado cuadro de aquella fraternidad hispánica que el exilio de 1939 y los visitantes llegados de España trezaban en los mejores centros universitarios del este de los Estados Unidos:

Naturalmente había una concentración de hispanos: don Tomás [Navarro Tomás] y familia, Casalduero, los Ochoa, los Angulo [el físico Carlos Angulo y María Pérez de la Dehesa] —o, mejor dicho, sólo ella—, Carmen Castro, también sola pues don Américo está con mucho trabajo preparando conferencias.

Pero esta carta de ánimo incluye también el envío de algo que satisfaría a Alonso: un borrador de la reseña de la segunda edición de *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, en la que el autor había hecho algunas enmiendas y escrito un capítulo

nuevo acerca de *Tercera residencia*. A Lapesa no se le podía ocultar que aquel libro era uno de los mejores y más ambiciosos de su amigo que, en una advertencia de la primera edición, había escrito que «bien pudiéramos haber llegado a una *Introducción al «trobar clus» moderno*. Y por eso teme no estar a la altura de su reseñado: «Es soso porque no sé meterme en honduras acerca de la creación poética [...], he querido poner de relieve su mucha importancia para el conocimiento, no ya de un poeta, sino de la poesía contemporánea y la poesía en general».

Un mes y pico después, el 26 de mayo de 1952, Amado Alonso murió y quedó fuera de esta correspondencia el compromiso que Lapesa estableció con su amigo para rematar *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, cuyo primer tomo apareció en 1955. Pero la reseña anunciada apareció, bajo el título «Un estudio estilístico», en el número de julio de 1952 de la revista *Ínsula*, poco después de que lo hiciera una necrología de urgencia, «Amado Alonso. Su última lección», que vio la luz en el número 15 (mayo-junio de 1952) de *Clavileño*. Y, seguramente, Lapesa recordaba todavía aquella aprensión y disculpa que había comunicado a uno de sus «hermanos mayores» cuando, en 1992 (¡cuarenta años más tarde!), se demoraba en el retrato de Alonso que hemos citado al comienzo de este artículo (y cuya primera salida tuvo lugar en el homenaje de la revista *Hispanica Helvética*, al profesor Luis López Molina): «Su doctrina de la creación poética —escribía allí— no parece fruto de mera elucubración intelectual, sino de experiencia vivida. [...] sólo con alma y ejercicio previo de poeta pudo adentrarse en el oscuro mundo poético de Pablo Neruda, iluminarlo y a la vez indagar el proceso psíquico de la creación, culminando en el hallazgo de la expresión verbal [...]. Si la introducción y comentario de Dámaso Alonso a las *Soledades* gongorinas habían sido en 1927 la verdadera aguja de navegar cultos, el libro de Amado sobre Neruda fue, trece años más tarde, linterna para bucear sirtes surrealistas». Con esta certera apreciación, los «hermanos mayores» quedaban unidos en su memoria.